

XLIV.

El 11 de Diciembre de 1869 pronunció otro brillante discurso sobre la política general del gabinete. Prim era ministro de la Guerra, y Sagasta de Gobernacion. La insurreccion carlista habia sido vencida: la republicana tambien. Zaragoza, Valencia y otras ciudades lloraban silenciosamente la derrota que habian sufrido, y se vendaban las heridas que aun brotaban sangre. El ministerio habia obrado demasiado dictatorialmente. Habia roto las leyes hechas poco ha. Habia disuelto milicias: habia depuesto á tiros ayuntamientos: deportado á la Carraca republicanos: prohibido los gritos y lemas en que apareciera la palabra república: falseado las garantías constitucionales: publicado circulares sofísticas como las de Sagasta y dicho por boca de este mismo que los derechos individuales le pesaban *como una losa de plomo*. Se trataba de preparar el advenimiento de Amadeo de Saboya, y el ministro de la Guerra pedia 80,000 hombres, como si las bayonetas y los reyes tuviesen por precision que ir juntos siempre.

Dijo sobre la milicia:

«Los anales gloriosos de la independendencia, y los no menos gloriosos de la guerra civil, llenos están de sacrificios hechos por la Milicia Nacional en aras de la libertad; y los nombres de Lucena, de Ceniceros y de Gandesa se mezclan en la memoria agradecida de los pueblos con los

nombres del Bruch, de Zaragoza y de Gerona. Ha separado siempre, ha distinguido siempre al partido progresista del partido moderado la institucion de la Milicia nacional. Mientras duró la guerra civil quisieronla todos, los moderados por egoismo, y los progresistas por entusiasmo. Pero vino la paz, y el partido moderado aspiró al desarme, mientras el partido progresista á la conservacion de la Milicia. Mantuvo á esta armada desde 1840 á 1843. En cuanto la reina entró en la mayor edad, y Narvaez y Gonzalez Bravo en el poder, la Milicia fué disuelta. Trascurrieron los once años de martirio. Agotada la paciencia pública, los generales de Vicálvaro se insurreccionaron. Todos sabeis lo que á la sazón sucedió. Prometieron en su primer programa moralidad administrativa, restauracion del régimen parlamentario: nadie los oyó. Prometieron mas tarde Milicia nacional, y la Nacion entera respondió á su grito. En cuanto vinieron allá por 1856 condiciones contrarias á nuestras condiciones políticas, la Milicia nacional, por una fatalidad ineludible, quedó disuelta. En cuanto desapareció la reina de España, reapareció en nuestros campos y en nuestras ciudades la Milicia nacional.

«Lo mismo ha sucedido en Francia. La Milicia nacional derribó la Bastilla. La Milicia nacional combatió en Valmy al son de la Marsellesa, el *Te-Deum* de la libertad. La Milicia nacional expulsó al rey de las Tullerías en la noche del 10 de agosto, noche de tempestad sublime, en que murieron quince siglos de errores. La Milicia nacional desapareció en cuanto dió su golpe de Estado el despotismo militar. La Milicia nacional renació en 1814 cuando el despotismo militar se

declaró impotente para salvar á Francia de las garras del extranjero. La Milicia nacional cayó de nuevo en cuanto subieron otra vez al trono los Borbones, esos eternos extranjeros á la civilizaci6n y al progreso del mundo. La Milicia nacional renació con la revolucion de julio, llevando á su cabeza á Lafayette. La Milicia nacional se fortificó en febrero con la república, y volvió á caer en la oscuridad cuando cayeron las libertades democráticas, asesinadas con el mismo puñal que la república. Y ahora, en el momento que aparece una fracci6n radical en la Asamblea francesa, su primer grito ha sido: «Para guardar la representaci6n y el voto de los pueblos, que venga aquí á nuestras puertas la Milicia Nacional.»

«Algún dia la desgracia vendrá; y por el camino que vamos la tendremos todos muy merecida. Entonces invocareis la Milicia nacional; entonces no la encontrareis, y yo fío en Dios que entonces habeis de oír el grito del primer fratricida: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»»

La izquierda, al pronunciar estas palabras, estalló en una salva de nutridos aplausos.

No escaseó elogios á la monarquía. Como historiador imparcial, viendo los beneficios que en pasados tiempos trajo á la nacionalidad española, no pudo menos de esclamar:

«La monarquía, Sres. Diputados, os lo dice un republicano, la monarquía ha tenido una gran razon de ser en la historia.

«La monarquía ha peleado en Covadonga, en la

Peñas de San Juan, en las Navas de Tolosa, por la tierra que pisamos; la monarquía ha combatido en el Fuero Real, en las Partidas, en el ordenamiento de Alcalá, en todas sus grandes leyes; ha combatido y ha encadenado el feudalismo. Lo que sucede es que, concluido su ministerio en el mundo, perece: le sucede lo que á los grandes cuerpos: de ella no queda mas que un cadáver insepulto, que es corruptor, porque está muy corrompido. Pero, Sres. Diputados, mientras vivía, mientras respiraba, animábase en las grandes corrientes de ideas que hay siempre en la mente de un siglo, y todos la respetaban, porque todos creían deberle algo. El monje recordaba que bajo el manto real nacieron sus monasterios, y que bajo la advocaci6n real se consagraron sus concilios: el noble recordaba que su pendon y su caldera habian seguido al pendon real, y de las pr6vidas manos del rey habia recibido el botín de la victoria: las Córtes recordaban que sus privilegios se habian constituido en forma de humildes peticiones elevadas al solio: los pecheros recordaban que del troton real, todavía espumante y sudoroso de la batalla, habian caído las cartaspueblas, el bautismo de las libertades populares: las familias adormecían á sus pequeñuelos con el romance de la Conquista de Toledo, ó de la Vega de Granada: los pintores trazaban la imágen del rey al lado de la imágen de los Santos: los poetas escribían *El mejor Alcalde el Rey ó El Rico-hombre de Alcalá ó los pies del rey Don Pedro*: el guerrero que luchaba en lejanos climas, y el navegante que descubría nuevos mundos, al dirigir al cielo su primer oraci6n matinal sobre las tablas de sus carabelas, ó sobre las piedras de su

campamento, confundian con el nombre del rey el nombre de Dios y de la patria.»

Pero viendo despues que el prestigio monárquico habia desaparecido, y que la familia que legítimamente le habia representado era ya impotente para hacerlo por el envilecimiento en que habia caído por sus vicios y por sus crímenes, añadió:

...«Y vosotros habeis empleado todas esas circulares, todas esas guerras, todos esos desarmes; lo habeis salpicado todo de sangre; y todo ¿por qué? Por restaurar el prestigio monárquico que ha muerto; ¿y á quién quereis nombrar para restaurarlo? Al Duque de Génova. ¡El Duque de Génova! Apenas puedo creer en tal demencia.»

«Cuando lo traigais; cuando le hagais recorrer el suelo de la patria, llevadle á Cádiz, llevadle allí, el antiguo suelo de nuestra libertad, donde empezó la revolucion de setiembre, y enseñadle los huesos de los liberales que todavía blanquean en el Trocadero; enseñadle las bombas que todavía están clavadas en las patrias playas, y decidle; «Estas bombas las ha arrojado tu abuelo sobre Cádiz, para restaurar la infame autoridad de Fernando VII, y el poder horrible de la monarquía absoluta.»

En 23 de Marzo de 1870 pronunció un discurso contra las quintas del cual extractamos los siguientes párrafos:

«Señores, la verdad es que los pueblos tienen

mucha razon en este asunto, inmensísima razon. Empecemos porque el primer domingo de Abril, es un día nefasto en todas partes: continuemos por esta triste iniquidad de la lotería fúnebre, por la cual se arranca el corazon á unos mientras que á otros se les llena de alegría, y los que se alegran tienen que alegrarse de la desgracia de sus hermanos; sigamos porque salen de su casa los jóvenes, en la edad en que son mas necesarios á sus padres y en que las primeras pasiones se arraigan en la tierra, por lo cual sufren mas tarde una nostalgia que suele matar á muchos soldados en toda España: continuemos por la injusticia irritantísima que hay aquí, en esa contribucion anti-democrática, en esa contribucion anti-humanitaria, (y por eso decimos que es una contribucion inicua), la injusticia de que la paga el pobre y no la paga el rico, cuando el pobre necesita mas de sus hijos que el rico, porque los ha criado para que empañen con el sudor de su frente el campo, y le dé sus frutos, para que trabajen en el taller y le den su sustento en el momento mismo en que las fuerzas de su alma, como las de su cuerpo decaen.»

«Por lo tanto, señores diputados, la quinta tiene una porcion de inconvenientes que no podreis salvar sino ahogando la opinion; y cuando ahogueis la opinion, habreis ahogado con ella la revolucion de Setiembre.»

«No hablaré, señores, del sistema prusiano: Prusia es una nacion que ha debido sus grandes progresos á los hechos capitales de la civilizacion moderna, sobre todo á la paz de Westfalia,

á la reforma religiosa y á la gran guerra de las nacionalidades. ¿Cómo ha conseguido este progreso? Improvisándose en el siglo pasado como una gran potencia militar: el mundo apenas tenia noticia de lo que era aquella potencia, cuando apareció desconcertando los ejércitos de los reyes y de los emperadores. Yo, señores, tengo aquí un libro que he buscado en la biblioteca, que es un informe sobre el ejército prusiano, en el cual se dice que el secreto de todas las victorias de la Prusia consiste en que aquel ejército es un ejército de ciudadanos. Yo sé muy bien que hay una parte de ejército permanente; pero sé muy bien que el núcleo del grande ejército prusiano, es el soldado ciudadano, es el catedrático, el diputado, el abogado, el médico, que cuando la patria peligra van al campo de batalla, se encuentran frente á frente con los soldados mecánicos de Bendeck, con los soldados del Austria, perfectos modelos de disciplina, y aquellas milicias ciudadanas ganan la batalla de Sadowa.

«Napoleon jamás habia ideado una batalla como la de Waterlío: en aquel grand día en que él creyó que iba á renovarse el sol de Austerlitz, buscaba en los límites del horizonte á los generales, al general Crouchy, y se encontró con el general Blucker; y entre Blucker, general del ejército prusiano, y Wellington, general de voluntarios, destruyeron al coloso, al Prometeo, que fué á espirar en la isla de Santa Elena.»

¿Y sabeis lo que Napoleon decia en aquellos momentos terribles en que toda Europa se abalanzaba sobre Francia? Decia á los franceses: ¡Oh! ¡Si hubiera aquí, si hubiera aquí, en Fran-

cia aquellos ejércitos de voluntarios, aquellas partidas que habia en España y que vencieron en España!»

«¿Y por qué no habia eso en Francia? Por la misma razon, señor general Prim, de que un día no hubo en Roma defensores contra los germanos al espirar el imperio, porque César, su fundador, creó un ejército completamente de pretorianos, un ejército de galos, que mas tarde fué de varias naciones; y este no era un ejército de ciudadanos, estaba completamente separado de la ciudad: era el ejército de César, de Antonio, de los últimos emperadores; no era ciertamente el ejército de Roma, y como no era el ejército de Roma, la dejó morir infame prostituta, porque habia envilecido á sus padres.»

«Pues bien; lo mismo, exactamente lo mismo sucedió en Francia cuando la grande invasion. ¿Qué diferencia entre los ejércitos voluntarios y los ejércitos de la quinta! Los ejércitos de voluntarios han vencido en Valmy y en Jemmapes al son de la Marsellesa; muchos de ellos no llevaban ni siquiera uniforme. Los alemanes cuentan todavía el terror que les inspiraban aquellos ejércitos de voluntarios franceses, los cuales llevaban hasta gorros de señora, porque no tenian otra cosa con que cubrirse; y sin embargo, al son de la Marsellesa vencieron á los ejércitos de los principales reyes de Europa.»

«¡Las quintas! No hay reflexion, no hay reflexion que baste á medir todos sus males, á calcular todas sus deletéreas consecuencias. La quinta interrumpe la vida del trabajador; la

quinta le aparta de la familia; la quinta le priva de desarrollar los sentimientos mas caros del corazon, los sentimientos de la patria y de la familia; la quinta le desarraiga del pueblo y del hogar. El dia de la quinta es un dia funesto para todas las ciudades y todas las campiñas.

»El dia de la partida de los quintos es un dia de luto para miles de corazones que desde aquel dia dejan de considerar á la patria como madre y la toman como madrastra.»

XLV.

El discurso que pronunció el 24 de enero de 1870 pidiendo la inhabilitacion de los Borbones para ejercer la dignidad de jefe del Estado, bien merece que copiemos de él algunos párrafos para que los conozcan nuestros lectores. Hélos aqui;

«Señores Diputados, ó la Asamblea Constituyente no significa nada, no representa nada, no es nada, ó significa ó representa ó es la Revolucion de setiembre. Y la revolucion de setiembre se preparó, la Revolucion de setiembre se condensó, la Revolucion de setiembre se consumó al grito universal, que solo parecia negativo poder de una familia, y que, en realidad, era afirmativo de todas nuestras libertades: al grito de *¡Abajo los Borbones!*

»Los partidos populares que tantas veces habian manifestado la urgencia de reformar esta sociedad, casi teocrática en su pensamiento, casi absolutista en su gobierno, casi oligár-

quica en su administracion, jamás fueron oídos con tanto entusiasmo, ni secundados con tanto ardor, como el dia en que se unieron todos para poner su mano sobre la clave histórica de nuestra servidumbre, sobre la corona de los Borbones. Para hacer prevalecer esta política fué necesaria de nuestra parte gran fé, gran abnegacion; pero tambien demente espíritu reaccionario, ceguera implacable de parte de nuestros eternos enemigos, los Borbones. Vosotros, los que me escuchais, heridos unos en vuestra dignidad de diputados, atropellados otros en vuestros derechos de ciudadanos, y conducidos á los remotos climas del Africa en la estacion de las tormentas: ora presos sin formacion de causa: ora, por haber sido audaces á decir la verdad ante un poder que se creia omnipotente é infalible, sepultados en los horrosos presidios-españoles: errantes los mas, sin familia, ni hogar, sin esperanza de morir bajo el cielo natal, contemplad todas las heridas, aun no cicatrizadas, que llevais en el cuerpo y en el alma, y medid por ellas los esfuerzos que fueron necesarios, esfuerzos supremos, esfuerzos titánicos, para plantear en la tribuna, y sobre todo en la prensa, la idea de destronar á los Borbones y realizar esta idea en una revolucion, que, sean cualesquiera sus errores, sus dudas, sus desmayos, sus perturbaciones, males congénitos á toda renovacion social, está destinada, tan solo por haber lanzado de aquí un poder viejo y canceroso, está destinada á ser el principio de una nueva era de libertad y por consecuencia de progreso para nuestra hermosa y desgraciada patria.»

Explicando las causas de la revolucion de setiembre, decia:

«No busqueis las causas de la revolucion de setiembre en los hechos materiales que la han ocasionado: buscadlas en las ideas impalpables que de antiguo han surcado la conciencia humana. Este movimiento, resultado lógico del intenso movimiento de esa revolucion social, en la cual van embarcadas las sociedades humanas desde hace cuatro siglos.

«La revolucion comenzó por prepararse un teatro en el globo: comenzó por los descubrimientos, por el descubrimiento de la pólvora, que venció resistencias de la tierra: por el descubrimiento de la brújula que venció resistencias en los mares: por el descubrimiento de América que redondeó el planeta: por el descubrimiento de la imprenta, que dominó el tiempo, y el descubrimiento del telescopio que ensanchó los espacios.

«Inmediatamente la revolucion comenzó en la segunda esfera de la vida, en el sentimiento, y por consecuencia, en el producto mas inmediato del sentimiento, en el arte. Los titanes del renacimiento, al crear una nueva forma, lo que en realidad han creado ha sido una humanidad nueva, libre de las maceraciones de la edad media, y en cuyo organismo poderoso, atlético, no se descubre ni la sombra del pecado original, ni el terror al infierno.

«Mas tarde la idea revolucionaria subió un grado, subió por su propia impulsión á la esfera religiosa, y vino la reforma. La voz de los pontífices fué reemplazada por la voz de la conciencia.

«Mas tarde, la revolucion subió otro grado y llegó á la filosofía, lo mismo á la trascendental que á la inmanente, lo mismo á la inspirada en las ideas puras que á la inspirada en la experiencia, y las antiguas leyes teológicas desaparecieron ante las eternas leyes de la razon emancipada. ¿Cómo se tradujo, señores Diputados, todo ese movimiento en la sociedad humana, que al fin y al cabo no es mas que una grande condensación de ideas? Se tradujo por la universal revolucion política.

«En efecto, la revolucion, que estaba hecha en la tierra ó en la industria, en el sentimiento ó en el arte, en la religion ó en la conciencia, en la filosofía ó en la razon, se hizo en la sociedad: y entonces, señores, fué necesario echar mas ó menos pronto de todas las naciones europeas á todas las dinastías tradicionales é históricas que representaban la antigua y ya imposible concepcion del poder.

«En cuanto estas históricas familias reales vieron y consideraron que la filosofía atacaba al derecho divino, se convirtieron todas, absolutamente todas, en amigas del sacerdocio, que predicaba la sumision á su autoridad indiscutible. En cuanto consideraron que los pueblos deseaban mermar su autoridad absoluta, se convirtieron todas, absolutamente todas las dinastías históricas en enemigos de sus pueblos y amigas de los reyes extranjeros. Así es que todas las dinastías de derecho divino, todas las dinastías históricas, todas las dinastías tradicionales, que no han entrado sino para combatir en el período de la gran revolucion democrática, to-

das, lo mismo las inglesas que las francesas, lo mismo las francesas que las italianas, lo mismo las italianas que las españolas, todas son enemigas de estas dos grandes ideas, de la idea de libertad y de la idea de patria.

«¿Por qué cayó el primer Estuardo? Por su complacencia con los poderes teocráticos. ¿Qué buscó en su desgracia Carlos I? Las naves que debían conducirle á Francia. ¿Qué buscó Jacobo II en su destierro? La intervencion francesa. ¿Qué buscaron sus descendientes? Los ejércitos de Luis XIV ó las escuadras de Felipe V. Y lo mismo, exactamente lo mismo, sucedió en Francia. ¿Por qué rompió Luis XVI la armonía entre el trono y el pueblo? La rompió, señores Diputados, por su resistencia á la ley de los clérigos no juramentados. Y luego ¿qué buscó en su fuga á Varennes? Buscó, señores Diputados, al extranjero, buscó las bayonetas extranjeras, aunque estas bayonetas hubieran de clavarse en el corazón de Francia. Así es que cuando los Borbones volvieron, volvieron por la intervencion extranjera: así es que la presencia de los Borbones en las Tullerías significaba el caballo del Don, del Pruth, del Danubio, abrevándose en el Sena, en el río de las revoluciones. Mientras los Borbones mandaron, ondeó sobre las torres de Nuestra Señora la bandera blanca, el sudario de la independencia francesa: y el día en que los Borbones se fueron, reapareció la bandera tricolor, la gran bandera de las nacionalidades y de la democracia.»

El día 3 de noviembre de 1870 pronunció el gran orador otro de sus más magestuosos discursos. Ya no se trataba en hipótesis de D. Fernando

el Coburgo, ni del Duque de Montpensier, ni del príncipe Hohenzollern. El Ministerio había presentado resueltamente la candidatura del Duque de Aosta, cuando ya no podía impedirlo Napoleón, por haber bajado ya del Capitolio de las Tullerías. Castelar presentó un voto de censura contra el ministerio por haber presentado este candidato al trono. No había candidato español: el general Espartero no quiso aceptar una corona que hubiera pesado sobre él lo mismo que los derechos individuales sobre Sagasta. Este discurso puede ponerse al lado del pronunciado contra Manterola.

A Prim le dijo que sobre su conciencia pesaba la sangre derramada en la guerra franco-prusiana, porque él había dado á aquellas dos naciones el pretexto para batirse: la candidatura de Hohenzollern. A los monárquicos de circunstancias que poblaban el Congreso, que tenían el corazón rebozando ira contra los reyes. Al país, que la nueva monarquía sería efímera y duraría poco. Pintó los diversos viajes de Prim en busca de un rey, primero á D. Fernando, que le desdenó por parecerle más llevaderas las caricias de las bailarinas que los peligros del trono; luego al gentil niño, al colegial de Harroun, á Amadeo, que le desdenó, porque su tutor Napoleón no se lo consentía: después á Alemania, más tarde á Espartero: otra vez, por último, al hijo de Víctor Manuel.

«Yo he visto, decía, á la mayoría de esta cámara, indiferente á un rey del Norte ó del Sur, de las regiones boreales ó de las regiones tropicales, germano ó latino, mayor ó menor de edad;

dispuestos por el sultan de Constantinopla ó por el emperador de Marruecos, á correr los azares de una guerra civil, de una guerra extranjera, con tal que no se exigiese ninguna creencia á su espíritu vacío, ningun sacrificio á su empedernido egoismo.»

Prim decia que las Córtes le empujaban á buscar un rey, fuera quien fuera, y lo cierto del caso era que él queria traer un rey para sí y para su partido. Quería vincularse en el poder, como los moderados en otro tiempo. Castelar le señalaba el suelo patrio, el espíritu aventurero é inquieto de nuestros nacionales y exclamaba;

«Recorred nuestro suelo, y no encontrareis piedra que no lleve una señal de esta idea, que es como el fuego creador de la nacionalidad española. Recorred nuestras provincias, y no encontrareis ninguna que no haya aportado algo á la independencia nacional. Los vascos se creen brotados como las plantas en aquel suelo: dan á su lengua la ancianidad del hombre y á sus repúblicas la ancianidad de la tierra, y se jactan de no haber mezclado jamás su sangre con extranjera sangre: los cántabros y los asturianos recuerdan que ellos fueron los últimos en postrarse ante los antiguos Césares, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos: los gallegos saben que con sus hondas dispersaron á los normandos, y con sus chuzos contribuyeron á rescatar á Portugal: Castilla cree que el mas grande entre sus hijos es el guerrillero que mató mas soldados conquistadores: y Navarra que es Mina el primero de sus hijos: Madrid solo celebra

el dos de Mayo: Andalucía no enseña sus preseas artísticas, sino en los montes, las Navas; al comienzo de las llanuras, Bailén; y allá, mas lejos, en los límites del horizonte, Cádiz: Valencia guarda su Sagunto, Aragon su Zaragoza, Cataluña su Gerona; y por eso cuando los pueblos padecen, cuando los conquistadores vienen, cuando la independencia de las nacionalidades se eclipsa, cuando Fichte quiere despertar á los alemanes contra Napoleon, ó Victor Hugo á los franceses contra el rey Guillermo, cuando Byron toma en una mano la lira de Tirteo y en la otra la espada de Leonidas para salvar la independencia de Grecia, todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscow que los atenienses de París, todos vuelven hácia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando á los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria.»

Honda sensacion produjo este discurso. Pero como quiera que las mas grandilocuentes oraciones sirven solo para espresar las quejas de un partido ó las aspiraciones de la opinion, Prim y Ruiz Zorrilla dijeron tácitamente á los republicanos lo que Gonzalez Bravo habia dicho con su soberbia reaccionaria á las oposiciones; «¿Vosotros decís que sí? Pues yo digo que no. Ahí está la mayoría.» La contestacion á este discurso fué la venida de Amadeo de Saboya.

XLVI.

Castelar ha solido dedicar muchos veranos á recorrer las provincias, haciendo en ellas notable y extraordinaria propaganda. No es este uno de sus menores méritos. A costa de incomodidades, y de grandes gastos á veces, suele recorrer en el estío estas ó las otras capitales de provincia. Pronuncia discursos; escita á los republicanos antiguos y crea otros nuevos; impulsa la creacion de centros del partido y derrama la vida y la fé democrática allí donde se presenta. Esto hizo el verano anterior á la insurreccion republicana.

El partido en general, queria luchar. Un poco ideal, y soñador, creia que, por efecto de la activa propaganda hecha desde el 29 de setiembre, no habia un español que no fuera republicano, y que lo mismo sería lanzar el grito de rebelion que vencer en toda la línea; sueño que costó mucha sangre. La minoría republicana se veia hostigada, acosada, impelida á la lucha. Las sociedades y los clubs ejercian sobre ella una presion constante y obstinada. Habia algunos diputados, Joaristi, entre ellos, el gran Joaristi, que tenia algo de Juarez en la energía de su carácter, y que aun cuando se equivocara, no podemos menos de reconocer sus escelentes prendas; habia algunos diputados, digo, que querian la lucha, pero una buena parte de la minoría la creia fatal, inútil para el presente, pues que no daría los resultados apetecidos, y para el porvenir de mala enseñanza para los demás partidos, pues que era en-

señarles el camino de la violencia cuando los derechos naturales estaban amparados, si no del todo, en gran parte por lo menos, y usando de ellos y no de los fusiles, debia aspirarse al triunfo de la idea republicana. Sea de esto lo que quiera, la lucha se decidió.

Para avivar el sentimiento republicano: para caldear las almas de los que le oyeran: para encender en los pechos el volcan de la ira contra la institucion monárquica y contra el extranjero que viniera á sentarse en el podrido trono de los Borbones, marchó Castelar á las provincias aquel verano. Estuvo en varios puntos y recogió en todas partes extraordinaria cosecha de laureles. Estuvo tambien en Zaragoza. ¡Qué entrada! ¡qué ovacion! ¡qué entusiasmo! ¡qué alegría! ¡qué júbilo! ¡Qué discurso pronunció tan maravilloso! Hizo á los zaragozanos prometer y jurar que morirían antes que consentir un rey extranjero, y él les prometió estar con ellos el dia de la lucha.

La insurreccion tuvo lugar, pero tan mal dirigida como mal organizada. Miles de hombres se levantaron al grito de «viva la república.» Joaristi, enfermo y todo, se puso al frente de numerosa legion. Suñer y Capdevila aunque deplorando el movimiento, hizo lo mismo y otros muchos lo propio. La hora del compromiso habia llegado: era preciso olvidarse un momento de las ideas é ir á dejarse matar, si otra cosa no podia ser, al pié de una barricada. Las principales ciudades iban levantándose y cayendo una á una bajo el filo de la espada de Prim. Zaragoza se insurreccionó. ¡Qué lucha hubo! Yo no conozco, para luchar, en el mundo, otra ciudad tan heroica como Zaragoza. Hubo momentos en que los zara-

gozanos tomaron algun cañon navaja en mano solamente. Fué aquello un delirio, como se han visto pocos. Segun la rabia con que atacaban los zaragozanos, parecian los mismos de la guerra de la Independencia; y segun el encono que les animaba contra los soldados españoles, parecian estos soldados franceses. Durante la lucha se decian unos á otros: «Está ahí Castelar? ¿Ha llegado ya Castelar? No puede faltar, pues que nos ha prometido venir á morir con nosotros.» Sin embargo, Castelar no fué: no se movió de Madrid. Vencida ya Zaragoza; muertos los mejores republicanos; convertida la ciudad en una Varsovia; desmenuzado el ideal republicano por las herraduras de los caballos; muerta la ciudad inmortal, se dijo que algunos zaragozanos habian venido á Madrid para matar al gran orador donde quiera que le encontrasen, y que este habia estado encerrado en su casa, y sin dejarse ver de nadie, por unos cuantos dias.

¿Faltó Castelar? Yo, que tanto le admiro y que no le he escaseado los elogios; yo, que creo que genio oratorio como el suyo no hay otro en el mundo, yo no puedo menos de decir; «Faltó:» comprometer á un pueblo de heroes para una batalla y luego faltar á ella, es criminal. Castelar no es hombre de lucha, esto está probado, y él mismo no lo niega. Los hombres de pensamiento no suelen serlo de accion. Pí al frente de una barricada sería un sér soberanamente inútil, y al frente del gobierno es un hombre tan enérgico como apto. El valor material se tiene cuando se tiene, y no se tiene por quererle tener. En mi sentir es cuestion de nervios, de organismo y de sangre. Castelar debió tener esto en cuenta y no

comprometerse á una cosa que no podia cumplir. Castelar se dejará matar, como los senadores romanos por los galos, sobre un escaño del Congreso el dia que le invada una turba enfurecida: Castelar se hubiera dejado atenecear, descuartizar sobre su cátedra, cuando Narvaez le arrancó de ella: Castelar corrió la terrible noche del 23 de abril último, por salvar á los diputados radicales, verdaderos peligros, y sin embargo, Castelar no será capaz nunca de ponerse al frente de cuatro hombres que lleven fusiles. Tiene el valor cívico, el valor moral como nadie, y no tiene el activo. Y si le tuviera, es probable que no fuera el Castelar orador, tribuno, literato, que el mundo admira, sino un vulgar guerrillero, de esos que en España brotan de cada mata de los campos y de cada piedra de las calles. La verdad es que no se tienen unas facultades en la vida sino á espensas de las otras. El mismo lo ha dicho en la vida de Lord Byron: «Indudablemente los hombres no saben que es imposible tener grandes cualidades sin tener tambien grandes defectos. No saben que toda virtud extraordinaria, que todo mérito sobresaliente nacen de un desequilibrio entre las facultades humanas. No saben que la perfeccion del oido se relaciona con la imperfeccion de la vista, y á veces la perfeccion de la fantasía con la imperfeccion de la conciencia.»

Quédese cada uno en su lugar; ocúpese cada uno en su trabajo; cultive cada uno sus facultades especiales. Nada de inmiscuirse en la obra de los otros. Nada de intrusarse en el trabajo de los demás. Las grandes catástrofes históricas provienen muchas veces de esto. El ridículo nace de la desproporcion entre el objeto que se quiere

realizar y la falta de medios para realizarle. Los oradores en el Parlamento: los hombres de acción en las barricadas. Si Castelar hubiera tenido esto en cuenta no habría prometido ir á pelear á Zaragoza; pero sin duda, en los momentos que lo prometió, no fué él el que habló, sino su fantasía, y la fantasía es sirena engañadora y falaz. Si Castelar hubiera hecho lo que Pí, callarse y no prometer nada, hasta este capítulo de nuestro libro sería innecesario.

De todas suertes esta es la única falta grave que hallamos en la vida del mas puro é intachable de nuestros hombres públicos. ¿No serán parte á desvanecerla sus méritos, sus trabajos, sus sufrimientos por la causa de la democracia? Creemos que sí.

XLVII.

Después de la venida de Amadeo de Saboya empezó otra época de lucha. Prim, que en medio de sus afanes monárquicos y sus esplendores orientales, tenía grandes cualidades, había sido infamemente asesinado. El partido progresista se quedó sin jefe. La unión liberal se aprovechó del asesinato y escaló el poder. Cayó, y Ruiz Zorrilla subió al ministerio. En el poco tiempo que en él estuvo, creóse grandes simpatías: parecía que el antiguo partido progresista resucitaba é iba á hacer cosas extraordinarias. Pero un día, por una sorpresa, de esas á que son tan aficionados los conservadores, como que al fin y al cabo la Cámara era de estos, un día, el primer ministerio

Zorrilla, cayó. Perdida una votación, presentaron en masa sus dimisiones los ministros. Hubo una gran manifestación en favor de estos, pero no sirvió mas que para hacer constar las simpatías de la clase media en favor de los radicales. Vinieron otra vez los conservadores. Sagasta era el ángel malo de todas estas situaciones: el Gonzalez Bravo de los conservadores de la revolución. Ya, en tiempos de Prim, había sostenido en el periódico *La Iberia* la candidatura Montpensier y á él le atribuyó siempre la opinión aquella famosa transferencia de los dos millones, los dos *apóstoles*, como los llamaron los periódicos, sacados de la Caja de Ultramar y gastados en hacer unas elecciones. Subiendo la marea de la opinión, escandalizado todo el mundo de aquel espíritu de reacción que jamás, para su desgracia y la del país, jamás ha abandonado al partido conservador: amenazados los derechos individuales: presente el convenio de Amorevieta, tan inútil: seguidos los antiguos procedimientos rentísticos, tan perjudiciales: Amadeo de Saboya mudó de criterio y llamó á los radicales otra vez. Pero los radicales defraudaron en parte las esperanzas que su primera entrada en el ministerio había hecho concebir. Y sin embargo, hicieron mucho. El establecimiento del jurado y la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, serán los dos grandes títulos de gloria de este partido. Pero Amadeo de Saboya estaba hastiado de los odios y de las recriminaciones de los partidos: la reina violenta por tener que sufrir la presencia de los radicales, á quienes había llamado *canalla*: Dragonnetti, disgustado con su propio disgusto y el de sus señores. La abdicación cayó como una bomba sobre el ministerio,